

PALOMA
SÁNCHEZ-GARNICA
Mi recuerdo es más fuerte
que tu olvido



PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2016



Paloma Sánchez-Garnica



Mi recuerdo es más fuerte
que tu olvido

Premio de Novela Fernando Lara
2016

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Paloma Sánchez-Garnica, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2016

Depósito legal: B. 10.123-2016

ISBN: 978-84-08-15867-7

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

El deseo de ser diferente de lo que eres es la mayor tragedia con que el destino puede castigar a una persona.

SÁNDOR MÁRAI

Madrid, una madrugada del mes de diciembre de 2014

El retumbar del teléfono irrumpió en el silencio de la alcoba invadiéndolo todo. Carlota abrió los ojos. Su cuerpo tenso se quedó unas décimas de segundo inmóvil, incapaz de reaccionar hasta que se removió entre las sábanas. Se incorporó apoyando el cuerpo sobre el codo, dio un toque en la base de la lámpara y la tenue luz la sacó de la oscuridad sin llegar a deslumbrarla. Mientras, el dichoso aparato continuaba resonando como haciéndose camino en un bosque de lobreguez a base de hachazos estridentes.

La mente, todavía acorchada en el letargo del sueño del que la habían arrancado bruscamente, no coordinaba muy bien. El teléfono fijo apenas sonaba ya en la casa, era una especie de reliquia que, como una rémora del pasado, se mantenía impertérrito en la mesilla de la habitación, un adorno inútil más acumulado a lo largo de los años. Nadie utilizaba ya el fijo, ni para hacer ni para recibir llamadas. Al desconcierto del sonido casi olvidado como un grito procedente del pasado se añadía lo extemporáneo del hecho, ya que Carlota, al alargar el brazo para alcanzar el auricular, atisbó el reloj digital y comprobó que faltaban dos minutos para las seis de la mañana.

Con el latido del corazón golpeando en su garganta se puso el aparato en la oreja y habló con dicción pastosa, todavía abotargada por la atonía del sueño.

—¿Diga?

Del otro lado del auricular le llegó una voz desconocida, grave y cautelosa, de mujer.

—¿Carlota López Molina?

Al oír aquel primer apellido olvidado desde hacía años, abrió por completo los ojos y se incorporó un poco más, como si le hubieran arrojado un chorro de agua fría que la espabiló bruscamente. En su mente estallaron varios destellos sobre cuál podría ser la razón de que alguien preguntase por ella a horas tan intempestivas, conjeturando qué vendría a continuación.

—Sí... —contestó con cierto reparo—, soy yo. ¿Quién es?

El apabullante silencio la intimidó. Se sentó en la cama, posó los pies en la mullida alfombra y se irguió dispuesta a recibir aquello que le traía la voz de mujer.

—¿Oiga?... —inquirió al notar el vacío en su oído—. ¿Quién es?

—Carlota, soy tu hermana.

—¿Cómo? —La voz la había oído, pero el mensaje tardó en ser procesado en el cerebro, como si se hubiera ensordecido lo oído.

—Soy Julia Balmaseda, tu hermana —repitió sin insistencia, convencida de que no la había entendido—. Te llamo porque mi padre... —La voz enmudeció de nuevo, obligándose a rectificar—. Carlota, tu padre se muere...

Carlota abrió la boca pero fue incapaz de articular palabra, trabada en su estupefacción, encogida sobre sí misma, presionando el auricular contra su oído, temerosa de perderse algo importante procedente del otro lado de la línea. Sus ojos fijos en la cómoda que tenía delante con varias fotos enmarcadas cuyas imágenes, tan habituales que la vista transitaba desapercibida sobre ellas, resurgieron de pronto a sus ojos en la leve

penumbra iluminada apenas; la más cercana, su imagen lozana de apariencia rozagante en el primer viaje que hizo a París, posando en la plaza del Trocadero con la Torre Eiffel al fondo; un poco más atrás, la de mayor tamaño, enmarcada en alpaca, proyectaba la imagen congelada de su padre con la Puerta de Alcalá a su espalda, con un traje oscuro, camisa blanca y corbata oscura, mirándola a ella, que fue la que le hizo aquella foto cuando todavía llevaba calcetines y dos coletas, la única foto de él que mantenía expuesta a sus ojos; y, justo al lado, la de menor tamaño, rodeada de una fina moldura de madera oscura, la imagen en blanco y negro de su madre, con un vestido ceñido a la cintura y la falda de vuelo, el pelo negro con un cardado que parecía elevarse sobre su cabeza, mostrando esa sonrisa suya tan artificial, tan poco expresiva, tan ficticia. Como siempre hacía cuando reparaba en aquella imagen, pensó en ella y en su ausencia definitiva, aún rumiada en su conciencia a pesar de que habían transcurrido más de tres meses de su muerte. Ni un solo día dejaba de pensar en sus últimos encuentros, y se estremecía al recordar su gesto serio, distante, carente de ternura, todo tan gélidamente protocolario. Siempre había pensado en lo poco que se parecían, o eso quería creer, empeñada en alejarse de las semejanzas que irremediablemente la unían a su madre. Hubo siempre entre ellas una barrera invisible que les había impedido entenderse, imposible de salvar, o tal vez no tan imposible, pensaba ahora con una amarga sensación de pesar. Quería creer que asumiría su ausencia sin demasiado dolor; pero desde su marcha tenía una extraña sensación que ensombrecía su futuro, como si la muerte le hubiera reflejado su propio yo en el espectral recuerdo de la madre muerta, y se preguntaba si realmente era tan distinta a ella, y lo peor era que temía descubrir la respuesta.

—¿Carlota? —La voz de la mujer interrumpió su estupor y la hizo reaccionar.

—Sigo aquí.

—Tu padre quiere verte.

—Mi padre... —Las palabras parecían desplomarse en la flacidez de sus labios.

—Está muy mal. Lleva dos días ingresado. Me ha pedido que te avise. Perdona las horas, pero... he tenido que acumular fuerzas para hacer esta llamada.

—Ya... —Carlota sintió un escalofrío en la nuca—. No sé..., yo... No sé qué decir.

—Piénsalo bien. Dice que no se puede morir sin verte, que tiene que hablar contigo, que necesita hablar contigo, y me temo que es cierto, Carlota, lo necesita de verdad.

—No creo que tengamos nada de lo que hablar... —Tragó una saliva amarga que parecía quemar su garganta—. Ha pasado demasiado tiempo...

—Yo únicamente te transmito lo que me ha dicho... Lo que me ha suplicado que te diga —puntualizó, como si le hubiera costado mucho decirlo.

Carlota tomó aire y lo soltó cerrando los ojos, vencida por una fuerza que parecía arrollarla, desprovista de la energía suficiente para defenderse y gritar lo que le pedía el cuerpo, decirle a su padre, al de ambas, que ya era demasiado tarde, que había tenido toda una vida para llamarla y no lo había hecho. Pero sólo le salió una voz blanda y temblona.

—Tiene gracia, ahora se acuerda de mí...

De nuevo el silencio entre respiraciones contenidas, labios apretados y un áspero resabio en la garganta.

—Esto no resulta nada fácil para mí. —Un profundo suspiro se diluyó en el oído de Carlota, haciendo evidente el agotamiento de su hermana—. Yo ya he cumplido, le he prometido que te llamaría y lo he hecho. Está mal, Carlota... Si te tomas demasiado tiempo en decidirte, es posible que sea tarde para los dos. —De nuevo un silencio cargado de indecisión—. Estamos en el Ruber Internacional, habitación 214. Buenas noches..., y siento haberte... Lo siento.

El clic indicó que había colgado. Ella, sin embargo, se quedó unos segundos con el auricular pegado a la mejilla, enaje-

nada en un laberinto de recuerdos arrancados de repente de un letargo escondido en algún rincón de su mente, desparrramados ahora como si se hubieran abierto de pronto las compuertas de la presa que desde hacía muchos años los había estado conteniendo.

Estuvo mucho rato quieta, sin llegar a colgar el teléfono, del que salieron pitidos entrecortados hasta que por fin enmudeció, y ella continuaba inmóvil, con la voluntad congelada. Al cabo, de manera repentina, una voz irrumpió en el aire, mensajes rápidos y con dicción entonada, informando de la intensidad del tráfico, de que habían caído las temperaturas y de la alta probabilidad de lluvia persistente todo el día. Miró la radio como si fuera un extraño inoportuno. Sintió un escalofrío y se dio cuenta de que se había quedado helada. Se levantó tiritando y se metió en el baño. Frente al espejo, esperando a que el agua de la ducha saliera lo suficientemente caliente, daba vueltas a las palabras de aquella mujer que habían roto la placidez del conticinio. Cuando su imagen quedó empañada por la acumulación del vaho sobre el cristal, se metió en la ducha y dejó que el chorro del agua corriera por su cabeza deslizándose por su cara, su espalda, sus muslos, hasta quedar empapada. Cerró los ojos y vio en la húmeda oscuridad de su mirada la única imagen que tenía de su hermana.

Aunque entonces no fue consciente de ello, Carlota López Molina supo de la existencia de Julia Balmaseda el día que cumplió seis años. Aquel día su padre le había prometido llevarla a montar en barca al estanque del Retiro, y luego al cine y a merendar. Carlota sentía pasión por su padre, pero los asuntos ineludibles de los mayores, incomprensibles para ella, le mantenían demasiado tiempo alejado de su lado, sobre todo los fines de semana y las vacaciones; así que la idea de pasar con él toda la tarde de un sábado le resultaba emocionante porque también le emocionaba a su madre, y verla a ella feliz era el colmo de su dicha infantil. La noche anterior al gran día le costó mucho conciliar el sueño de tan nerviosa que estaba, sin embargo, cuando su madre la despertó ya tenía grabado el pesar en sus ojos. Su voz, mohína y apesadumbrada, fue la confirmación de aquella mirada atribulada: «Carlota, hija, papá no va a poder venir hoy. Le ha surgido un asunto urgente y ha tenido que irse de viaje. Pero me ha dicho que no te preocupes, que te llevará otro día y que te va a traer una muñeca Nancy con un armario lleno de ropita para que puedas vestirla como tú quieras. ¿No te parece fantástico?». No recordaba qué contestó, ni siquiera si lo hizo. Su frustración ante la promesa incumplida fue tal que la idea de tener una de esas famosas muñecas con un montón de conjuntos para vestirla apenas la conmovió. Aquella fue la primera decepción consciente de tantas que le había causado su padre a lo largo de los años,

ausencias nunca compensadas, excusas envueltas en papel de regalo con enormes lazos que no hicieron más que ahondar en un extraño sentimiento de abandono que la corroyó por dentro y la convirtió en un ser vulnerable y frágil. No obstante, aceptó con resignación aquel primer varapalo y se aferró, con ciega confianza infantil, al nuevo compromiso.

Estaba acostumbrada a sus ausencias, asumidas por aquel entonces como algo natural que debía de ocurrir en todas las familias. Aquel cumpleaños, al igual que la mayoría de los que llegarían después, Carlota se tuvo que conformar con la solitaria compañía de su madre, siempre taciturna, un hastío que con el tiempo se fue transformando en una profunda amargura. Salieron a merendar tortitas con nata y chocolate, y luego dieron un calmado paseo por el Retiro, pero sin subir a las barcas porque a su madre le daba miedo hacerlo las dos solas. Cuando regresaban a casa por la bulliciosa calle Serrano, Carlota vio a una pareja acercarse hacia ellas. En lo primero que se fijó fue en la lustrosa silla de paseo que empujaba la mujer, un opulento carrito que desparramaba a su alrededor puntillas y dos enormes lazos de color rosa a cada lado del manillar. La pequeña, sentada de cara a la madre, movía inquieta sus piernas regordetas, que lucían unos calcetines de perlé blancos y unos zapatos de badana en rosa pálido. Sus ojos se posaron en el hombre que iba a su lado, y fue entonces cuando, con una mezcla inocente de emoción y nervios, Carlota tiró con fuerza de la mano de su madre para gritarle lo que estaba viendo: «¡Papá..., mira, mami, es papá, allí!».

En efecto, el hombre que acompañaba a la mujer del carro era su padre. Pero, ante aquel primer impulso de salir corriendo hacia él, con la alegría de saberlo de regreso de su viaje, su madre, alertada de la visión y tras unos segundos de inquieta indecisión, tiró de ella sin miramientos, se dio la vuelta de inmediato y la arrastró en dirección contraria con una prisa inusitada, evitando el encuentro con la pareja, que ya se acer-

caba. Carlota no acertaba a comprender por qué no quiso cruzarse con su padre, y tuvo que conformarse con vagas y atropelladas explicaciones aduciendo que no era él, que se había equivocado, que papá estaba muy lejos y que no debía señalar a la gente porque era de mala educación. Carlota se resistía a alejarse del que, a todas luces, era su padre, dijera lo que dijera su madre, que, para su desesperación, ni siquiera se detenía a mirarle, a pesar de la insistencia. Lo cierto fue que su padre se percató de su presencia, ya en retirada, e hizo algo de lo que no se dio cuenta entonces y que sólo llegó a comprender con el paso del tiempo: con el fin de facilitar su fuga y desaparición, se detuvo y se volvió, inclinado hacia la niña como para hacerle alguna carantoña. El empeño de Carlota se difuminó cuando perdió de vista a la pareja; sin embargo, aquel incidente dejó un recuerdo aplazado en su conciencia que con el tiempo volvería a ponerla alerta para analizar detalles de los que no había sido consciente hasta entonces.

En aquel tiempo, Carlota tenía el pleno convencimiento de que todos los padres se ausentaban de su casa reclamados por imperiosas obligaciones. Pensaba que todas las familias eran iguales, que los papás no solían dormir en casa y que las mamás siempre estaban solas al cuidado de los hijos. Su vida transcurría en aquella normalidad conformada, admitiendo la alternancia de la escasa presencia paterna con los momentos, esporádicos pero suficientes para ella, en los que le regalaba su compañía. En su limitado fuero infantil, todo en apariencia era perfecto. Formaban una familia feliz como cualquier otra. Cuando el trabajo se lo permitía, su padre comía con ellas. Pocas veces iba por la tarde, siempre antes de la cena. Si llegaba a sentarse a la mesa, apenas probaba bocado, ni siquiera se le ponía el cubierto. Tenía que marcharse porque debía ir a dormir con la abuela Carmen, su madre, que estaba muy enferma y muy mayor, y necesitaba de sus cuidados y su cariño; y antes de irse le daba un beso y la llamaba Lucero, su Lucero, y Carlota se conformaba y pensaba entonces que su padre era

el más bueno del mundo, porque no sólo cuidaba de ellas, sino también de su pobre madre anciana. En cuanto se quedaban solas, su madre la enviaba a la cama con el fin de poder abandonarse a la severa soledad en la que quedaba, una soledad inadvertida para Carlota, amortiguada en sus sueños, a pesar de que fueron muchas las noches en las que se había quedado dormida al arrullo de los maternos llantos ahogados. Lo cierto es que, durante aquellos años, Carlota había visto llorar mucho a su madre. Nunca le preguntó el porqué de sus lágrimas, y si alguna vez lo hizo le fue negado de inmediato, secándose las con rapidez, como si con ese gesto pretendiera hacer desaparecer la evidencia ante los ingenuos ojos de una niña, algo que en su candor infantil no quería o no podía ver.

Tuvieron que pasar varios años para que Carlota llegase a comprender que no se había equivocado, que aquel hombre que había visto era realmente su padre y que la mujer que le acompañaba era su esposa, y por tanto entendió que su madre no podía serlo, y que la niña que paseaban en el ostentoso carrito era hija de aquel matrimonio, Julia Balmaseda, una hija legítima, no como ella, convertida en ilegítima, un ser espurio merecedor del rechazo o, peor aún, de lástima o compasión. Y también entendió por qué su apellido, Molina, era el mismo de su madre y no el paterno, Balmaseda, hasta que su madre se decidió a inscribir un apellido común con la intención de disimular el oprobio derivado de su soltería sobre la pobre niña, y desde entonces pasó a llamarse López Molina, aunque ella nunca lo utilizó después, ya de mayor y consciente de su condición de bastarda, si no era para algo oficial.

La verdad de su existencia se le hizo evidente en el verano en el que cumplió doce años. Hacía unos meses que había tenido su primera regla y, ya que todos los que conocían aquella circunstancia la empezaron a tratar como si de repente se hubiera convertido en una mujer (lo que suponía una serie de peligros que acechaban su nueva condición, algo confusos aún para ella), Carlota consideró que había llegado el momen-

to de ejercer como tal para hablar con su madre de mujer a mujer, convencida de que debía de tener algún problema; entre mujeres, pensó, ella podría ayudarla.

Aquella mañana, antes de bajar a la playa a tumbarse al sol, habían pasado por la centralita para telefonar a su padre a Madrid. Primero habló Carlota, y ya le adelantó que no podría ir a verlas porque tenía mucho trabajo (era su excusa habitual, no se esforzaba demasiado en pensar otra más convincente). Luego le había pasado el auricular a su madre y la esperó fuera, sentada en el escalón de la entrada. Cuando salió notó que, como siempre pasaba después de hablar con él, contenía el llanto, pero no le dijo nada.

En un angustioso y acostumbrado silencio se habían dirigido a la playa. Bajo la sombrilla, Carlota observó a su madre, que miraba al horizonte con su sempiterno ademán de melancolía. Había esperado a estar acomodadas en las tumbonas para preguntarle a bocajarro:

—Mamá, ¿qué pasa con papá?

Manuela Molina se volvió hacia ella como si estuviera sopesando lo que le había preguntado. A pesar de sus gafas oscuras, Carlota había sentido el peso de su mirada. Apretó los labios y volvió a su postura relajada de exposición al sol.

—No pasa nada. ¿Qué va a pasar? Papá no va a venir porque tiene mucho trabajo.

—¿Os vais a separar?

—¿Se puede saber de dónde te has sacado semejante idea?
—le había espetado con vehemencia y claramente contrariada.

—Los padres de una niña de mi clase se han separado. Dice que su padre ya no quiere a su madre.

—Tu padre y yo nos queremos mucho... —La voz de la madre sonó cansina—. Tú no lo entiendes, hija, eres muy joven todavía. La vida de los mayores a veces es muy complicada.

—¿Y por qué no vive con nosotras?

—Vive con nosotras, Carlota, lo que pasa es que no duerme en casa, ya sabes la razón. Papá está muy comprometido con

la abuela Carmen, y cree que debe estar con ella ahora que le necesita.

—Los maridos viven con su mujer y con sus hijos, mamá, no con su madre.

Hacía pocos días que una compañera de colegio le había espetado, con muy mala idea, esas mismas palabras después de que Carlota, todavía con una enorme ingenuidad, defendiera con ímpetu las razones por las que su padre no dormía nunca en su casa. Sin embargo, poco a poco, el mundo la iba haciendo caer en realidades demasiado patentes como para asimilarlas sin dificultad y sin ausencia de un desconcierto inquietante.

—Mira, hija, las cosas no son blancas o negras. Papá vive con nosotras, lo que pasa es que, además de la abuela, tiene que viajar mucho. A ver de qué te crees que íbamos a vivir si no fuera por todo lo que trabaja.

—¿Y por qué no hay ropa suya en casa?

Carlota había ido hilando cosas, evidencias que se le presentaban como si lentamente le fueran arrancando la venda de la inocencia que la cegaba, comentarios hechos a su paso, maledicencias que llegaban a sus oídos susurrando en su conciencia adolescente de mujer recién estrenada, una certeza que no acababa de comprender.

El mar de fondo mitigaba las voces de los bañistas que había a su alrededor. Carlota miraba a su madre con fijeza, a la espera de una respuesta, mientras Manuela mantenía los ojos en la lejanía, clavados en el horizonte, el gesto contraído, tenso, cavilando sobre lo que debía decir. Dio un largo suspiro y contestó con voz tranquila, casi gutural.

—Carlota, a veces hacer preguntas supone asumir el riesgo de oír las respuestas.

Intentando que su madre reconociera en ella una madurez que le costaba aceptar, la miró con firmeza y decisión antes de contestar.

—Asumo ese riesgo.

Y lo asumió. Y fue entonces cuando se enteró de la enorme falacia en la que vivían, ella y su madre, una existencia paralela como actores secundarios de un esperpento, de una pantomima sostenida en el tiempo. Aquel día Carlota comprendió que toda su vida había sido un engaño y que su madre estaba tan enamorada de su padre que había sido incapaz de pensar con claridad sobre su futuro y sobre el de su hija, condicionando ambos a un destino incierto y cercenado.